

cas tan nuevas y tan bonitas, por lo que nunca acababa de lamentarse la niña; una de las pantuflas de su padre, bordadas por la abuelita que había muerto, no la encontró una mañana el buen señor junto á la cama, porque Cholo había decidido echarla entre un caño. ¡Y las atrocidades que acostumbraba hacer en la sala y en los dormitorios, cuyos pisos eran los ojos de la cara de la tía Eulalia y de su madre! ¡Ah! si Cholo se había paseado hasta en los ojos de estas buenas señoras! ¿A qué hablar de las golosinas que hacía diariamente?

Si hasta cierto punto aquel diablillo negro tenía culpa de que no lo quisieran. Pero, todas sus malas acciones le daban á él, á Andresillo, tanta risa!

El chicuelo casi no probó bocado.

Mustio y cabizbajo, con la gorrilla ladeada y las manos en los bolsillos se marchó á la escuela. Ese día la maestra no fué víctima de sus travesuras; tampoco la clase se alegró con gorgo de su charla ni la risa vino á hacer nidos en sus mejillas. ¡Para camanances estaba él ese día!

La única vez que habló fué para preguntar á la maestra si á ella le parecía que once colones hacen una gran cantidad de plata.

El toque de la campana que llamaba á recreo, no hizo como en otras ocasiones, brincar de alegría su corazóncito, que siempre parecía en lo asustadizo y juguetón un ternerrillo recién nacido.

Recostado á un árbol pensaba en Cholo. ¡Pobre Cholo! ¡Cómo se había dejado coger! ¡Ah! Ese día cuando llegara á casa, no tendría con quién echar su jugadita. ¿Qué estaría haciendo el perro? Seguro que echado en un rincón, pensando en él. ¡Si su padre supiera lo que Andresillo quería á Cholo...! seguramente le daría los once colones.

¿Vas esta noche á vender *El Cometa*? gritó un chico tras él, á otro que pasaba. Ven conmigo que no deja de ganarse algo.

Andrés tuvo una idea. Se acercó al que había hablado y le preguntó si por

vender *El Cometa* se gana, cuánto y dónde tendría que pedirlo.

—Hoy es viernes—dijo el otro—esta noche sale, si quieres paso por tí y vamos al Barrio Amón, donde vive el señor que lo hace..

Después que comió se escabulló y fué á situarse con una bandada de chiquillos traviosos y bullangueros frente á la casa del director de *El Cometa*. No tenía deseos de jugar y se estuvo sentadito en la grada sacando cuentas con los dedos y pensando en Cholo.

Esa noche hizo lo que pudo. Primero imitó á su compañero y luego trabajó por su cuenta. Tocaban la retreta en el Morazán y él se metió entre el barullo de gente voceando su mercancía. Aquello de vender periódicos era una novedad para él y llegó un momento en que hasta se olvidó de su perro. ¡Qué raro le parecía oír levantarse su voz fina que dominaba la bulla. Las palabras salían con fuerza de su garganta y él las dejaba caer sobre la gente, juguetonas y alegres como un puñado de confetti: «*El Cometa*, á quince centavos».

Cuando regresó á su casa sintió temor; metióse los periódicos entre la blusa. La madre lo reconvino por llegar tan tarde; felizmente el papá estaba ausente.

Otro día matarían á Cholo... no quedaba ninguna esperanza. De los 50 números de *El Cometa* que le habían dado sólo 27 había podido vender á pesar de que hizo todo lo que estaba á su alcance. ¡Y las dos *regañadas* que se llevó por las dos noches que se había *zafado* á vender *El Cometa*!

El dinero que había ganado por esta venta estaba tan lejos de llegar á once colones! Pero él no se resignaba á la idea de que mataran al Cholo. Él había estado ese día y el anterior á verlo allá donde llevan á los perros, á un patio en el que entre una especie de jaula muy grande, meten á los que han cogido. Él le había llevado pan y carne que consiguió escamoteando á la cocinera. ¡Qué contento se puso cuando lo vió! Paraba las orejas, la-